

comienda de Sancti Spiritus. Los demás soldados se esparcieron por la isla de Cuba, pero, como por aquella época la capital de la isla era Santiago, el capitán Francisco Hernández de Córdoba ordenó al piloto Alaminos que con los buques continuase su viaje á la capital, y entregase personalmente á Diego Velásquez la relación del descubrimiento, y le presentase los mayas Julián y Melchor, cogidos en Cabo Catoche.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, op. cit. cap. V. y VI.

## CAPITULO VII.

La isla de Santa María de los Remedios.—Magníficas alabanzas de sus riquezas.—Se decide Velásquez á emprender nueva expedición.—Elige por capitán á Juan de Grijalva.—Salida de Matanzas.—Descubrimiento de la isla de Cozumel.—Reconocimiento de la costa.—Toma de posesión de la isla.—Se le apellida Santa Cruz.—El Cabo de San Felipe y Santiago. El cacique de Cozumel da graciosa acogida á Grijalva.

Olvidados los compañeros de Hernández de Córdoba de las pasadas desventuras, se hacían lenguas para alabar la excelencia de aquellas nuevas tierras descubiertas por el oeste y que llamaban la «Isla de Santa María de los Remedios.»<sup>1</sup> Por otra parte los dos indios mayas, Melchor y Julián, preguntados de si había en su tierra, oro y plata, contestaban que sí los había; y su palabra tenía más apoyo con los objetos de oro y plata que el capellán de la armada había recogido en el templo de Cabo Catoche. Con esta perspectiva de riqueza que vagamente se atribuía á Yucatán, se encendió en Cuba el estímulo y ansia de sojuzgar tan rica provincia para unirla á la monarquía española. Entre los que más entusiasmo manifestaban por aprovechar el descubrimiento, se contaba el Adelantado Diego Velásquez, Capitán General de Cuba. Faltá-

<sup>1</sup> Fernández de Oviedo asegura que el piloto Alaminos dió este nombre á Yucatán, *Historia general y natural de las Indias*, libro XXI, capítulo VIII, tomo II.

bale sólo encontrar persona apta y entendida que se encargase del mando de la expedición, para que el honor y provechos de la empresa no se le fuesen de las manos.

No tardó, sin embargo, en hallar hombre de su elección, y fué el capitán Juan de Grijalva. Era este un joven militar nacido en Cuellar de España. Todavía mancebo, y sin barbas, pero de ánimo atrevido y valiente, pasó á América, y se estableció en la isla de Santo Domingo, bajo la protección de un paisano suyo, el mismo Diego Velásquez. Y cuando este, en el año de 1511, fué enviado á poblar y sujetar la isla de Cuba, le siguió como subalterno suyo, acompañándole en todas las campañas que hizo para someter á los indios cubanos, y especialmente en la que tuvo por objeto pacificar la provincia de Maicí, en la cual un indio principal, fugitivo de Santo Domingo, había llegado á entronizarse, declarándose abiertamente enemigo de los españoles. La índole dulce y obediente, á la par que firme y enérgica de Juan de Grijalva, su conducta recta y honesta, le captaron de tal modo las simpatías de Diego Velásquez, que hacía mucha estimación de él, hasta el punto de tratarle, no sólo como amigo, sino como pariente, y de confiarle encargos muy honoríficos y que denotaban esperanza firme de su fidelidad. Cuando, en 1512, Diego de Velásquez tuvo que trasladarse á Baracoa para contraer matrimonio con Doña María de Cuellar, lo dejó por teniente suyo encargado del supremo mando de la isla, bajo el consejo y dirección de Bartolomé de Las Casas, que entonces era clérigo secular y que ya tenía fama de hombre de talento. En 1513, también

aprovechó sus servicios en la pacificación de la provincia de Camagüey, y en ninguna de estas circunstancias había tenido algo que reprender en el proceder del joven capitán Grijalva, quien siempre mostró que unía á su valor probado reconocidas virtudes de honradez y docilidad.

Sobre todo, el capitán Grijalva parecía hombre obediente, y en esto nunca desmintió su fama; y como Diego Velásquez deseaba poner á la cabeza de la expedición una criatura suya, no tardó en fijarse en este capitán. Antes de expedirle el nombramiento, exploró su voluntad, y, encontrándole dispuesto á secundar sus miras, le nombró por capitán general de la armada, el 20 de Enero de 1518: nombró tesorero á Antón de Villasaña; proveedor, á Francisco de Peñalosa; y capellán, al padre Juan Díaz.<sup>1</sup>

Nombrado ya el jefe, no restaba sino concluir los aprestos necesarios para el viaje. Estaban á la orden del gobernador Velásquez, dos de los navíos que habían ido en la expedición de Hernández de Córdoba, y con otros dos que compró, quedaron ya listos cuatro buques que se denominaron San Sebastián, Trinidad, Santiago, y Santa María de los Remedios, bajo el mando de los pilotos Antón de Alaminos, Camacho de Triana, Juan Alvarez, y el Manquillo.<sup>2</sup> Como por aquellos días llegaron á Santiago de Cuba, procedentes del interior de la isla, los capitanes Pedro de Alvarado, Alonso Dávila y Francisco de Montejo, se les invitó á formar par-

<sup>1</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo *Historia general y natural de las Indias*, libro XVII, cap. VIII, tomo I.

<sup>2</sup> Oviedo, op. cit., *ibidem*.

te de la empresa, y entraron con el caracter de capitanes subalternos de Grijalva. Aunque estos capitanes eran encomenderos y poseían propiedades y riquezas, no rehusaron arriesgarse en esta nueva aventura, y, aceptando el nombramiento, se dedicaron inmediatamente á coadyuvar á los preparativos del viaje. Cada uno de ellos envió, de sus haciendas á los buques, buena copia de bastimentos de pan de cazabe y carne de puerco, alimentación la más usada entonces en Cuba, tanto por los españoles, como por los indios. El ejemplo de estos tres encomenderos atrajo á otros cuarenta caballeros é hidalgos españoles, todos los cuales se pusieron de acuerdo con Diego Velásquez para apresurar la salida de la expedición. Se abrió enganche en varios lugares de la isla de Cuba, y se dispuso que los soldados y provisiones se reuniesen en el puerto de Matanzas.<sup>1</sup> Tres de los buques alistados zarparon para este puerto, y uno, que fué el bergantín Santiago, recibió órdenes para adelantarse al Cabo de San Antonio, y esperar allí á los demás bajeles. Hicieron revista de la gente enganchada para la expedición, y se encontró que había doscientos hombres, los cuales se embarcaron para emprender el viaje.

Llevaba Grijalva instrucciones de Velásquez, expresas y claras, de no fundar poblaciones en los países que iba á descubrir; y de que, limitándose á cambiar bujerías con metales preciosos, evitase de todas maneras soliviantar los ánimos de sus habitantes y empeñar batallas con ellos.

Proveído de estas instrucciones, Grijalva se dió

1. Matanzas, puerto de la costa del norte, veinte leguas antes del de Carenas.

á la vela el 20 de Abril de 1518, en el puerto de Matanzas, con dirección al Cabo de San Antonio, en donde debía juntarse con el bergantín Santiago que allí los esperaba. El día 22 visitaron el antiguo puerto de Carenas,<sup>1</sup> para recoger algunos hombres más, y provisiones que allí había reunidas, y luego el 23 prosiguieron su viaje, y llegaron al Cabo de San Antonio en la tarde del 1º de Mayo. No poca sorpresa tuvieron al echar de menos el bergantín Santiago, que, por falta de provisiones, se había desprendido del lugar acordado, volviéndose probablemente á algún otro puerto de la isla. Fué contrariedad grave la falta del bergantín; mas emprendido ya el camino, fuerza les fué prescindir de él, y sin vacilar, se despidieron de las costas cubanas, esa misma tarde del 1º de Mayo de 1518,<sup>2</sup> y se internaron en el Canal de Yucatán. Helos allí, bogando hacia Yucatán, en el mismo rumbo por donde después tantos otros debían surcar, é ignorando entonces lo que la fortuna les había de preparar en aquellas regiones todavía desconocidas. No iba en aque-

1 Aun no se había trasladado á este puerto el de San Cristóbal de la Habana, el cual estaba todavía ubicado en la costa del sur, y cerca de la desembocadura del río Bija, en la proximidad de la actual población de Batabanó, donde la había fundado, en 1511, Diego Velásquez. La traslación de la Habana á la orilla derecha del puerto de Carenas se verificó en 1519. Véanse las *Adiciones y aclaraciones á la Historia de Guatemala*, por Don Justo Zaragoza, tomo II, pág 244.

2 Herrera, en sus *Decadas*, fija por día de la salida de la expedición de Santiago de Cuba, el 8 de Abril de 1518; pero evidentemente incurre en equivocación, porque, según Fernández de Oviedo, ese día los expedicionarios estaban en Matanzas.—Bernal Díaz del Castillo coloca la salida del Cabo de San Antonio el 15 de Abril de 1518.—La fecha más exacta parece ser la de 1º de Mayo de 1518, en la cual coinciden Fernández de Oviedo, el *Itinerario de la armada de Grijalva*, la *Vida anónima de Cortés*, y el Padre Landa en su *Relación de las cosas de Yucatán*.

llos buques Hernández de Córdoba, que había partido ya para la otra vida; pero iban casi todos sus mejores compañeros y soldados, olvidadizos de las fatigas y trabajos que poco antes habían sufrido; iba el soldado feliz á quien estaba destinado sujetar á Yucatán á la corona de España; y otros varones que después lucieron con brillo en los países entonces todavía misteriosos y desconocidos. Nadie, sin embargo, de aquellos atrevidos guerreros, podía descorrer el velo del porvenir, para distinguir su suerte futura, y nos parece que todos estos debieron sentir cierta melancólica tristeza al ver desaparecer las costas de Cuba entre las brumas de la tarde.

El viaje comenzó bonancible esa noche; el mar estaba tranquilo; el tiempo sereno; y el viento, con feliz fortuna, les era abiertamente favorable: las corrientes mismas los ayudaban, y así, al tercer día de navegación, el lunes 3 de Mayo de 1518, empezaron á distinguir los blancos edificios de mampostería, y las pajizas cubiertas de las moradas de los indios mayas.<sup>1</sup> De los que ya anteriormente habían visitado las costas de Yucatán, ninguno dudó que tenían en frente de sí á la isla de Santa María de los Remedios; y, sin embargo, se equivocaban, porque aquella isla que brotaba de entre las ondas no era sino la isla de Cozumel, que fué bautizada con el nombre de isla de Santa Cruz, por celebrar en ese mismo día la Iglesia Católica la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz.<sup>2</sup> Se aproximaron hasta seis millas de la costa para reconocerla, y descubrieron

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, en la *Colección de documentos para la Historia de México*, tomo I, pág. 281.

<sup>2</sup> Oviedo, *op. cit.* tomo I, pág. 504.

que las cercanías de la isla estaban sembradas de bancos de arena y temibles rompientes: la costa era llana, y de trecho en trecho se distinguían unas torrecillas blancas y bajas, rodeadas de casas de paja. Al fin, encontraron una pequeña ensenada, y allí anclaron, dispuestos á bajar al día siguiente á tierra, por estar ya avanzado el día cuando entraron. El sol se ponía; sus últimos rayos derramaban su luz incandescente sobre las costas de la isla que tenían enfrente de sí; ligeras nubes de púrpura y topacio flotaban en el cielo; y en lontananza, hacia el poniente, parecían dibujarse, saliendo del mar, tierras desconocidas, envueltas en poético rosado tinte. Soldados y tripulación reposaban sobre el puente de los navíos, cuando se vislumbraron en el horizonte tres canoas, que parecían traer rumbo á las ancladas carabelas. Todos, tripulantes y pasajeros, presa el alma de sentimientos de ansia y curiosidad, fijaron la vista en las tres pequeñas embarcaciones. Venían gobernadas por un timonero diestro y ágil que por sí solo atendía á todas las maniobras de la navegación, y otros dos indios venían como pasajeros ó jefes en cada una de las dos canoas. Los españoles, se mostraban deseosos de que se pusiesen al habla, para comunicarse con ellos; mas repentinamente las canoas suspendieron su marcha, y sus conductores se pusieron en ademán como de reconocer los tres buques españoles con la mayor atención. Apresuróse el capitán Grijalva á ordenar al intérprete, que no era otro sino el indio maya Julián, que les gritase que venían de paz; que se aproximasen, y aun subiesen á los buques, seguros de ser bien tratados y agasajados con dona-

tivos y agradables ofrendas. Pero, por más empeño que puso Julián en llamarlos, los indios permanecieron sordos á sus clamores; y después, de haber examinado algún tiempo los navíos, se regresaron á tierra, dejando á los españoles en la incertidumbre. Así pasaron la noche, haciendo conjeturas de la tierra y del objeto que se propusieron los tripulantes de las tres canoas, y sus sospechas aumentaron cuando, al entrar la noche, empezaron á ver grandes hogueras, las cuales en la oscuridad de la noche parecían como encendidos faros de la no lejana playa.<sup>1</sup>

A la mañana siguiente,<sup>2</sup> los buques se dieron á la vela, para continuar reconociendo la costa de Cozumel, y en el trayecto se encontraron con dos canoas, en cada una de las cuales iban tres indios, y entre ellos el cacique de Cozumel que venía de paz á saludar á Grijalva, y á saber el objeto de su venida. El cacique se presentó con tal confianza, y fué recibido con tal satisfacción, que subió á bordo de la carabela en que venía el capitán Grijalva, y allí, por medio del intérprete Julián, tuvieron, larga y amena plática. Supieron los españoles que la isla se llamaba Cuzamil, ó «isla de las golondrinas,» y que las tierras que por el noroeste se divisaban, se denominaban Maya; y como ya se barruntaba la existencia de dos españoles en aquella tierra, por relaciones que había hecho Julián, no perdieron la oportunidad de averiguar la suerte de los desgraciados compatriotas cautivos, Aguilar y Guerrero. Grijalva regaló al cacique con algunas

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 282.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 504.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 282.

camisas españolas; y el jefe indio, encantado y agradecido, instó vivamente á los extranjeros á bajar á recrearse á la población que gobernaba, situada en la isla, no lejos de la playa. Despedido el cacique, se continuó el reconocimiento de la costa, á la cual á veces se aproximaban como á tiro de piedra, porque había lugares en que la playa era cantil y el agua muy profunda. Siguieron viendo torrecillas esparcidas aquí y allí, con casas de paja que debían servir de morada á los habitantes. Parecía la tierra muy deleitosa; de tiempo en tiempo se percibían sitios risueños, apacibles y pintorescos; y en el fondo de la isla, añejos y frondosos árboles en cuyo verdinegro ramaje la vista encontraba descanso. Al ponerse el sol, llegaron á enfrentar con una población de cuyo centro se destacaba una torre blanca muy grande: la orilla de la playa estaba cubierta de espectadores, y la brisa de la tarde llevaba hasta los puentes de los buques, las notas monótonas y estrepitosas que arrancaban los músicos, de sus tambores, atabales y chirimías. La armada ancló allí á tiro de ballesta.

Era la tarde del 5 de Mayo, pues que en el reconocimiento de la costa había empleado Grijalva dos días. En la mañana de ese mismo día, se ordenó aprestar los botes, y con ellos, llevando algunos soldados, se acercó á la playa, hasta ponerse á flor de tierra. Saltó él solo á la arena, é hincando las rodillas, elevó al cielo una breve y fervorosa plegaria, y luego, poniéndose en pie, ordenó á sus compañeros que bajasen. Formó un escuadrón; púsose en el centro con la bandera española en la mano; y, en voz alta y clara, dijo: que como apoderado

de Diego Velásquez, y en nombre de Doña Juana y de su hijo Don Carlos, reyes de Castilla y de León, tomaba posesión y propiedad de Cozumel y tierras y mares adyacentes. Mandó al escribano Diego de Godoy que levantase el auto de posesión, y puso por nombre á la isla «Santa Cruz,» y al cabo más meridional, «Cabo de San Felipe y Santiago.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 505.

## CAPITULO VIII.

El pueblo de San Juan de Cozumel.—Su aspecto.—Sus adoratorios.—Pláticas amigables con los indios.—Un sacerdote maya.—Ritualidades idolátricas en presencia de Grijalva.—El capellán de la armada dice una misa rezada, que es la primera que se celebró en Yucatán.—El sacerdote idólatra da una comida á Grijalva.—Los indios abandonan á Grijalva.—Aspecto del pueblo de San Juan de Cozumel.

Concluido el acto de posesión, pensó Grijalva ir por tierra hasta una torre ó adoratorio que se divisaba, y para ello intentó penetrar por varias sendas que de la orilla se desprendían para el interior del bosque; mas terminaban en pantanos ó ciénagas imposibles de vadearse, y después de varios infructuosos ensayos, al fin resolvió volver á sus botes, y seguir costeano hasta la tarde, hora en que enfrentó con aquella populosa población á que antes hemos aludido.

En la noche, la torre ó adoratorio se cubrió de luces, y alguna función religiosa debía estarse celebrando, porque así lo indicaba el estrépito incesante de los *tunkules*.<sup>1</sup> No había que pensar en bajar esa misma noche á tierra, sino sólo en poner en guardia á los buques, y dejar el desembarco para la mañana siguiente. Así se hizo, y al amanecer

<sup>1</sup> Instrumento músico con que los mayas acompañaban ciertos bailes y las ceremonias del culto idolátrico.